

**Carta de una ballena
canaria a Joaquín Araújo**

Natalia Jiménez Marsá

Señor Araújo:

Soy miembro del servicio de limpieza del Gobierno de Canarias. Una mañana, recogiendo las basuras de una playa, encontré un mensaje en una botella. Me sorprendió que el mensaje estuviera dirigido a usted, pero me dejó estupefacta leer la firma: *Una ballena canaria*. Yo, como comprenderá, me quede tan asombrada como usted debe estarlo ahora, pero como no pude dilucidar si lo que leía era obra de un gracioso o la misiva real de un cetáceo, decidí transcribirle la carta tal y como estáaba escrita:

Querido señor Joaquín Araújo:

Me dirijo a usted para expresarle mi consternación, porque le consideraba un aliado y veo con pesar que ni usted es capaz de comprender lo delicado de nuestra situación. Imagínese que usted vive tranquilamente en su casa con su familia y empiezan a merodear por los alrededores, sin previo, aviso seres desconocidos que llegan en ruidosos y malolientes vehículos. Como alguien les ha cobrado una entrada, se creen con derecho a observar cómo desarrolla su vida cotidiana. Se aproximan, con cara de bobos, tropezando con los parterres de las flores de su jardín, miran a través de los cristales de sus ventanas, le hacen fotos mientras come o se ducha y se van dejando su basura. Todo esto sin que usted pueda hacer nada por evitarlo y otros saquen provecho.

La cosa no parecería tan grave al fin y al cabo son sucios, pero no violentos, me dirá usted si no fuera porque cada día lo hace un número mayor de gente. Ahora,

para más *INRI*, hay una organización a mayor escala. Para que usted se ponga en nuestro lugar, vuelva a imaginarse que su casa es una parada de una ruta organizada y vienen a visitarle autobuses enteros de atolondrados turistas, que sueltan en su jardín pisándolo todo.

No crea que le exagero ni una pizca ya que, viendo la curiosidad que despertamos, los que han visto el negocio dedican 60 barcos enteramente a visitarnos, con dos salidas diarias en invierno y tres en verano. A esto hay que sumar los barcos particulares que desde los cuatro puertos deportivos que rodean nuestra casa se acercan a mirarnos. Y eso sin contar con los dos *Fast-ferries* de línea regular que nos atruenan los oídos y nos arrojan en cuanto nos descuidamos. Todo este interés desmedido por nosotros nos ha llevado al desgraciado récord de ser el segundo lugar del mundo en observación de ballenas, alcanzando la esquizofrénica cifra de un millón de visitantes anuales.

Por eso me quedé tan sorprendida cuando una corriente marina nos trajo su artículo del diario *El País* llamado "Ballenas a la vista". Yo, que le consideraba a usted una persona preocupada por la naturaleza, no podía creer lo que estaba leyendo: la publicidad que usted nos hacía aumentaría nuestros problemas.

Mientras se lo leía en voz alta a mi hermana, no paró de lamentarse, y fueron acercándose parientes y vecinos que no paraban de hacer comentarios indignados, armandose un revuelo de mil demonios. Unos decían: sería en tiempo de sus abuelos cuando fuera *imensa*

la solemnidad del océano porque, en la actualidad, el océano es un lugar estruendoso, abarrotado de tráfico, lleno de basuras, de plásticos, de latas, de ruedas de coches y con sabor a petróleo, que no tiene nada de solemne y nos produce más estrés que el que debe tener un taxista conduciendo por las calles atascadas de Madrid.

Otro dijo: a él le *fascina la chispeante alegría que resbala sobre nuestras lisas pieles*, pero yo le diría que nuestras pieles ya no son tan lisas, porque están llenas de cicatrices por los golpes que nos propinan los barcos.

Cuando leímos que *contemplar a los cetáceos en libertad es ya un espectáculo solicitado y practicado por un gran número de personas. Tantas que, a su eslora, florecen negocios turísticos de consideración, que conviene regular para que no sea el placer de unos, agobio e interferencia para los mermados cetáceos*. Se comentó: ese negocio, sólo en nuestro casa (entre Tenerife y la Gomera), asciende a unos diez mil millones de pesetas anuales, de las cuales nada repercute en nuestro beneficio, sino todo lo contrario.

Sería menos hipócrita y más caritativo darles un par de crías de cada familia para que las criaran en cautividad, les enseñaran numeritos de circo y las observarían sin restricciones. Se sacrificarían para que los demás pudieran vivir en paz.

No estamos *mermados*; estamos en una situación desesperada, dijo otra voz. Un calderón esperanzado dijo: lancemos un mensaje de socorro. Otro respondió: y quién nos va a escuchar cuando hasta el

Yo, que le consideraba a usted una persona preocupada por la naturaleza, no podía creer lo que estaba leyendo:...

señor Araújo nos trata con esta incompreensión y ligereza.

Acordaos, dijo un delfin escéptico, de que el Gobierno de Canarias sacó un decreto regulando las observaciones. Pusieron dos barcos de vigilancia para hacerlo cumplir, pero el tráfico no bajó. Estábamos ilusionados pensando que las multas que pusieran a los barcos que se acercaran demasiado nos ayudarían, pero después supimos que las multas se negociaron y nunca se han cobrado. Sí, y encima, ahora, se está estudiando sacar un decreto más suave y menos restrictivo. Ya sólo queda un barco de vigilancia, y el trasiego de visitas continúa en aumento, dijo, con voz grave, un calderón.

Porque si no se pueden prohibir todas las visitas, por lo menos, las que no quedara más remedio que recibir, que fueran en barcos de vela más silenciosos y limpios, dijo una anciana. Una joven embarazada le respondió: nunca tendrán en cuenta que ésta es nuestra casa y no queremos emigrar. Ellos, que tanto se preocupan de sus crías, sin embargo, pasan de la maternidad que tenemos aquí instalada, que es muy importante para nosotros, los delfines mulares. Y para nosotros, corearon, los calderones.

Éstas y muchas cosas más, que prefiero, por decoro, no repetirle, se dijeron aquella tarde, hasta que el desánimo y la desesperanza ante la llegada de un nuevo barco nos fueron dispersando. Por todo ello, señor Araújo, le mando esta carta. Para que se haga cargo de nuestra situación y le ayude a reflexionar. No puedo dejar de decirle que, con su publicidad y bellas palabras, nos ha hecho un

flaco favor. En este caso hubiéramos agradecido el silencio.

Esperando que su vida sea más reposada que la nuestra, se despide de usted afectuosamente.

Una ballena canaria.

Bueno señor Araújo, éstas eran las palabras exactas de esta misteriosa ballena que, como ya le dije, yo dudé en un principio en mandarle. Pero viendo su correcto estilo, la buena educación que revelaban y la gravedad de sus problemas, decidí enviársela, finalmente, esperando que le sea de provecho.

Le saluda atentamente.

Natalia Jiménez Marsá

*...la publicidad
que usted nos
hacía
aumentaría
nuestros
problemas*